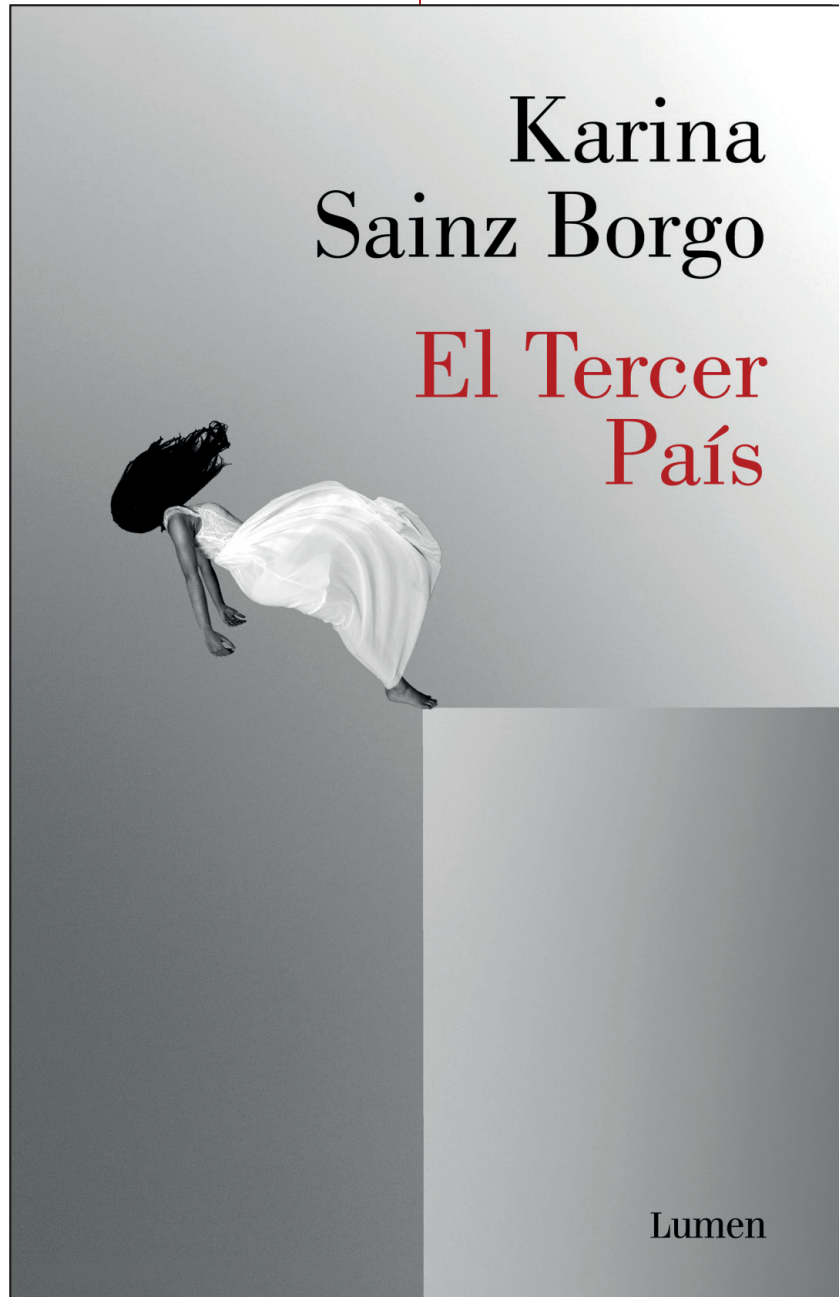




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Karina Sainz Borgo viaja en *El Tercer País*, su segunda novela, a un pueblo fronterizo. Una región abrasada por el sol, sometida a las reglas de los más fuertes y azotada por los vientos áridos que acompañan a las sequías. Una tierra depauperada, hecha de desierto y esteros, y asediada por bandas de guerrilleros, narcotraficantes y el puño férreo de una poderosa familia. Una geografía inhóspita, de zancudos y zamuros, donde las apuestas corren alrededor de las peleas de gallos y los hombres apagan la sed con aguardientes de taberna. Pero en ese confín, donde no existe nada que merezca pervivir y la vida tiene un precio que nunca resulta excesivo, hay un cementerio «sin ley» al que todos denominan «El Tercer País». Es un «solar reseco», ventoso, de tierra ardiente y estéril que no engendra más que serpientes. Allí acuden

los desterrados y los que no poseen nada para depositar a los difuntos. Un lugar de tumbas pobres y lápidas de «cemento fresco» con inscripciones que han sido trazadas con una torpe caligrafía.

«El Tercer País» representa una frontera dentro de esa frontera natural en la que coinciden «la sierra oriental y la occidental, el bien y el mal, la leyenda y la realidad, los vivos y los muertos». En ese campo de nichos vive una mujer llamada Visitación Salazar, que, al igual que el Caronte de la mitología griega, entierra a los muertos y los ayuda a pasar al más allá a cambio de ese óbolo mínimo que representa la voluntad. Una figura que se levanta como un faro de esperanza en un paisaje devastado y una poderosa metáfora de las luchas intestinas que desgarran el alma humana: la codicia, la ambición y el dinero.

SINOPSIS

Su nombre es Angustias Romero y quiere enterrar a sus hijos sietemesinos, Higinio y Salustio, que no han sobrevivido a las penurias y dificultades que jalonan el camino de los emigrados y los condenados que se ven obligados a abandonar sus hogares. Pertenece a la turba de desdichados que huyen de una tierra castigada por una peste inaudita que afecta a la memoria y que ha convertido el olvido en una maldición. Junto a su marido, Salveiro, ha recorrido más de ochocientos kilómetros por una interestatal junto a la fila de «caminantes» que, al igual que hacen ellos, buscan amparo más allá del horizonte. Con el único equipaje que suponen dos biberones, unas mandarinas, una mochila con ropa y unas pocas monedas, alcanza Mezquite, un pueblo al otro lado de la frontera «con nombre de arbusto para hacer carbón».

Allí conocerá a Visitación Salazar, la mujer que enterrará a sus descendientes y que, a cambio de una voluntad, entierra a los muertos con la dignidad que se merecen. Es «una negra guapa» y escandalosa que considera una caridad hacia los vivos sepultar a sus difuntos con el mayor de los respetos posibles. Cumple

con esa obligación en Las Tolvaneras, un terreno de tumbas y polvo próximo al basurero de la aldea. Una parcela ocupada por los que no habitan en este mundo, pero que todavía desean todos los que permanecen en él. Unas hectáreas desérticas que despiertan oscuras ambiciones entre los comandos irregulares de guerrilleros, que siembran el miedo en las poblaciones cercanas; los pasadores, como llaman a las mafias organizadas que viven del narcotráfico y el comercio fácil que suponen las personas que quieren cruzar ilegalmente de país, y, sobre todo, Alcides Abundio, último exponente de un linaje de adinerados que durante varias generaciones han hecho y deshecho a su antojo el destino de la villa y sus habitantes. Un hombre de violencias y codicias indómitas que reclama como suyo ese solar apartado para zanjar tratos pendientes. Angustias Romero se unirá a la suerte de Visitación Salazar y se convertirá en testigo de las peleas atávicas que enfrentan a unos y otros por ese solar situado en la línea divisoria que separa la ley que domina a los vivos y la ley con la que hay que dignificar a los muertos.

PERSONAJES

ANGUSTIAS ROMERO

La protagonista, una mujer valiente de ánimo y corajuda de espíritu. Toma la senda triste de los exiliados para huir de la peste. Como todos, tiene la esperanza de mejorar su condición y sus oportunidades, pero la desgracia le sigue los pasos con la insistencia de un sabueso. Junto a su marido, decide tomar la senda de los emigrantes. Un recorrido maldito para ella en el que pierde a sus recién nacidos. Entierra a sus hijos en Las Tolvaneras, donde conoce a Visitación Salazar. Para no separarse de la sepultura de sus niños, decidirá convertirse en su ayudante.

«Mi madre me bautizó Angustias. Más que un nombre, eligió un zarpazo. Para ella, el mundo siempre había transcurrido en silencio. Por eso, cuando alguien me llama, “¡Angustias!”, pienso en su destino de mujer sin voz. Me parezco a su sordera y su zozobra. Sé soportar. Estoy preparada para la desgracia. Hablo su idioma.»

SALVEIRO

Salveiro vive de la carpintería sin ser carpintero. Está afectado por el mal que enferma la memoria. Unos síntomas que se confunden con esa desidia inherente a su carácter y que más que un estado de ánimo parece una postura ante la vida. Un hombre que se pierde por los meandros de la emigración y la indolencia, y cuyo nombre más tarde reaparecerá en los murmullos del boca a boca con los signos claros que distinguen a los nombres que se han convertido en una leyenda. Un individuo que desaparecerá con un patronímico y regresará con un mote que provoca escalofríos.

«Mi marido era un buen hombre. Estaba dotado para el retozo. Sabía rozarme con la misma paciencia con la que serraba la madera. No hablaba, pero a mí me daba igual. Y ese fue el problema: no llegué a imaginar que sus silencios tenían algo que ver con la indolencia que ya recorría las calles, una nube de hastío que sepultó por completo la ciudad.»

VISITACIÓN SALAZAR

Sostiene que «a un niño jamás se le niega una sepultura». Es la cancerbera de «El Tercer País», el cementerio donde los necesitados van para despedirse de sus muertos. Es una mujer guapa, poderosa de brazos, con arrestos de hombre y piedad de matrona que siempre lleva la cabeza adornada por un enjambre de avispas que zumban a su alrededor. Da sosiego a las familias atormentadas que no tienen dinero para dar reposo a sus seres queridos. Alcides Abundio le reclama las tierras de «El Tercer País», pero ella esgrime sus derechos arguyendo: «Yo las cogí como propias, porque Abundio se las debía a mi mamá. ¡La echó a la calle sin pagarle un centavo, después de treinta años de trabajo!».

«El pueblo se quedó sin fosas comunes para sepultarlos. La gente quería una tumba para los suyos, solo eso, y el nombre de Visitación Salazar corría de boca en boca. Acudían a ella con la desesperación de los que no tienen nada, ni siquiera un lugar para enterrar a sus muertos. Se convirtió en una leyenda. Hablaban de ella los que la veneraban, llamándola santa, y los que la detestaban, acusándola de negocios y tratos oscuros.»

ALCIDES ABUNDIO

Es el dueño de Las Tolvaneras, «el hombre con más dinero y poder de toda la frontera». Un hombre que ha sabido convertir la violencia en fuerza de ley. Heredó el poder de su padre, que se enriqueció traficando con animales y malpagando peones. Putero, criador de gallos de peleas, bebedor y déspota, contrajo matrimonio con Mercedes en un convenio desigual. De su esposa tuvo una hija, Carmen, a la que jamás le perdonó que no naciera varón. Su amante es Perpetua, una india con la que anda amancebado, a la que confiesa todo y con la que piensa refundar su genealogía. Un tipo sin miedos y que sólo teme a una persona, Crispulo Miranda. Andá en litigio con Visitación Salazar por los terrenos en los que ella se ha asentado sin su permiso.

«Fabres había ofrecido a Abundio los terrenos de los telares a cambio de que no tocara la casona de la sierra, lo único que el banco no les quitó. A Abundio no le pareció suficiente con la propiedad y, después de colocar la pistola sobre la mesa del despacho, pidió casarse con la menor de las hermanas para quitarle su parte también.»

AURELIO ORTIZ

El alcalde de Mezquite, una autoridad que le había sido concedida por Alcides Abundio, el propietario de Las Tolvaneras y el potentado que lleva arreglando los asuntos municipales desde hacía décadas en la aldea. Casado con Salvación, es una personalidad amasada de servidumbres, pero de criterios propios, al que se ha

encomendado el duro encargo de sacar a Visitación Salazar de «El Tercer País». A manos de ella ha padecido alguna humillación sonrojante. Aunque de una aparente sumisión hacia Alcides Abundio, en su interior resuenan miedos y rebel-días apaciguadas, y quizá un recóndito eco de lo que es proceder con rectitud.

«Apenas frisaba la cuarentena, pero ya se sentía consumido. Creció sin madre ni hermanos, el único hijo del maestro del pueblo: un liberal enfermo de Alzheimer que había decidido esperar el fin del mundo leyendo los entremeses de Cervantes. Cuando se marchó a la capital de la provincia para estudiar la carrera de Administración de Empresas y Contaduría, su padre ya había perdido la chaveta. Él regreso a los dos años con un traje claro, una calculadora que sacaba raíces cuadradas y un talonario para hacer facturas.»

GLADYS

Es la secretaria de Aurelio Ortiz, el alcalde. Una mujer de respuesta seca y verbo escaso, que sabe bien que la prudencia es una virtud y que el silencio vale oro. Ha trabajado para el padre de Alcides Abundio y después para su hijo. Conoce secretos que nadie quiere nombrar y que, por cautela, siempre deben permanecer en el olvido. Ha criado a su descendencia callando y obedeciendo a los que ordenan y mandan. Obediente con el poder, ahora, por mediación de Alcides Abundio, trabaja en el ayuntamiento con el propósito de vigilar a Aurelio Ortiz. Su marido falleció de un disparo durante una pelea de gallos.

«Detestaba a Gladys. La soportaba porque no le quedaba otro remedio. Esa mujer tenía más aspecto de telegrafista que de secretaria: tecleaba con los dedos índices, apretando con fuerza, como si escribiera en código morse. Ni siquiera contestaba a los buenos días y se hacía la sorda cuando él le daba instrucciones.»

CRÍSPULO MIRANDA

Un peón que «creció viendo morir y matar», que cuida de unos perros feroces y de boca grande que anima contra los indefensos. Tiene el pronto violento de los espíritus educados en la crueldad. Es agreste, aventurado y violento para los desconocidos, pero obediente con Alcides Abundio, que lo acogió en su familia y le dio labores con las que justificar la vida. Un acólito del ricachón del que todos tratan de guardarse.

«Era un tipo de cuidado. De haber tenido una madre, la habría vendido a cambio de dos botellas de licor. Sus manos estaban cuarteadas y de su dedo pulgar sobresalía una uña afilada como una garra. Era flaco, alto y de pocas palabras. Tener, lo que se dice tener, no tenía siquiera nombre. Hubo que inventárselo.»

TEMAS

PESTE

La peste es la enfermedad que asola los pueblos y expulsa de sus calles a los habitantes para echarlos a las carreteras por las que se viaja al exilio. Una metáfora de las diversas fuerzas que obligan a las personas a marcharse del lugar en el que han nacido y a dejar atrás las familias, vidas, esperanzas, anhelos y fortunas a las que una vez aspiraron. Es un mal invisible, que nadie conoce con exactitud de dónde proviene. Algunos aseguran que se contagia a través del agua y otros que se transmite por los pájaros. Es una epidemia fatal que aqueja a un país sin nombre y que vuelve a los hombres olvidadizos. Y a nadie se le escapa que sin memoria no existe el pasado y sin pasado nadie conoce sus raíces ni de dónde proviene ni cuáles son sus orígenes. Una alegoría que alude a los centenares de personas condenadas a rebasar fronteras para perseguir el espejismo de la prosperidad.

EMIGRACIÓN

Los llaman «los caminantes». Son esa turba de personas que recorren las calzadas para huir de la «peste». Una turba hambreada que avanza por los páramos. Unos acaban locos; otros, colgados de los

árboles y los más en manos de las mafias que se ofrecen a llevarlos ilegalmente al otro lado de la frontera a cambio de un precio demasiado alto o engañados por promesas que son mentira. «Muy pocos migrantes llegaban con vida. El viaje era largo y duro. El sol los abrasaba de día y el frío los remataba en la noche. Todos tenían aspecto de cuero reseco. Aun débiles y enfermos, persistían en su larga caminata, pero la mayoría se quedaban a mitad de la ruta y acababan por derrumbarse, hasta que el viento y el polvo acababan sepultándolos.»

GUERRILLA: LOS IRREGULARES

Son tropas armadas que visten de verde oliva y controlan la zona fronteriza. Son gente embravecida y sin escrúpulos que matan, violentan y secuestran a su antojo. Desconocen qué es la piedad y cobran impuestos a los comerciantes. Sus filas se han engrosado con aquellos que han comprendido que se gana más dinero sujetando un arma que rompiéndose la cintura sobre el terruño. Son jóvenes entrenados militarmente, que portan las ametralladoras que han robado al ejército nacional y lucen machetes en el cinto. Karina Sainz Borgo escribe de ellos que «asolaban los poblados, robaban anima-

les, violaban a su antojo y, no contentos con asesinar a los varones jóvenes, los cortaban a los trozos».

TRÁFICO DE PERSONAS Y DE DROGAS

Los «irregulares» se financian con los campos de amapolas que producen la heroína. Uno de los recursos de los insurgentes para sufragar su guerra contra el Estado. Una fuente de dinero en una frontera permeable donde existe otro negocio igual de rentable: el de los «pasadores», que cobran una fortuna a los emigrantes que desean burlar los peajes de la frontera. Son individuos engañadores que se burlan de la inocencia de los necesitados y con el pretexto de llevarlos a un refugio o un puesto de salud, los condenan a una existencia de miseria y dolor. «Los pasadores abandonaban a decenas de hombres y mujeres a su suerte y los dejaban morir de hambre y de sed. Exigían a sus víctimas dos y tres veces el valor del viaje por el simple hecho de haberlos conducido hasta un lugar donde pudiesen conseguir empleo, por lo general en los terrenos de Abundio, que se lucraba de aquellas transacciones funestas», describe Karina Sainz Borgo.

EL PODER DE LA TIERRA

En los personajes de *El Tercer País* late el impulso por poseer la tierra, la aspiración atávica por convertirse en amo. *El Tercer País* refleja las pulsiones congénitas que predominan en las zonas fronterizas y sin

Estado. Esas regiones corruptas y privadas de orden en las que se asientan y prosperan los aprovechados, rebeldes, oportunistas y abusadores que han labrado su fortuna con negocios de dudosa ética. Son lugares donde la tierra, aunque marchita por las sequías, lo significa todo. Alrededor de ella se levantan los intereses que hacen de la lealtad una ilusión, y de la violencia, el cauce normal para resolver los problemas. Un territorio donde se comercia con todo: el hambre, la sed y los muertos.

LA SOMBRA DE ANTÍGONA

En *El Tercer País* late el conflicto que Sófocles expresó en su drama *Antígona*. La tragedia griega cuenta la colisión entre el Estado y los individuos, entre las leyes que dictan los hombres y la que ordenan los dioses. Antígona quiere enterrar a un muerto, Polinices, su hermano. El rey Creonte, sin embargo, en pago por la traición que ha cometido contra la ciudad, ha ordenado que su cuerpo yaciera en el campo sin ser cubierto por la tierra ni ser depositado en ninguna sepultura para que el cielo y las bestias se encarguen de él y su cuerpo no encuentre descanso. Antígona desobedecerá la ley del monarca y tratará de darle sepultura. En *El Tercer País*, Visitación Salazar, igual que la heroína griega, tampoco se someterá a las normas impuestas por los hombres que gobiernan la frontera y, acogiéndose a la piedad, estará dispuesta a correr la peor suerte para obedecer el mandamiento eterno de entregar un lugar para el descanso a aquellos que han dejado esta vida.

EXTRACTOS

«La arena tiznaba la luz y el viento taldaba los oídos; un quejido que brotaba de las grietas abiertas sobre la tierra que pisábamos. Más que brisa, ese aire era una advertencia, una tolvanera densa y ajena como la locura o el dolor. Así era el fin del mundo: aquel montón de polvo hecho de los huesos que nos dejábamos en el camino.

En la entrada colgaba un cartel pintado a brochazos: El Tercer País, un cementerio sin ley al que iban a parar los muertos que Visitación Salazar enterraba a cambio de la voluntad, y a veces ni eso. Casi todos los que ahí reposaban nacieron y murieron en la misma fecha. Sus tumbas pobres estaban inscritas con garabatos sobre cemento fresco: la letra accidentada de los que nunca descansarán en paz.» (pp. 11-12)

«La peste y la lluvia llegaron juntas, como los malos presagios. Las chicharras dejaron de cantar y un tumor de polvo se formó en el cielo hasta descargar gotas de

agua marrón. A diferencia de los males que alguna vez sufrimos, este despedazó nuestros recuerdos y deseos.

La peste atacaba la memoria, confundiendo primero y picoteándola después. Se contagiaba a gran velocidad y cuanto más edad tuviese el enfermo, peor era el efecto. Los ancianos caían como moscas. Sus cuerpos no resistían el taldro de las primeras fiebres.» (p. 13)

«Por la noche, cuando los caminos se llenaban de ladrones y sinvergüenzas, buscábamos sitio en algún albergue, que en esos días aparecieron por todos lados. No eran seguros, pero servían para aliviar el cansancio.

En esos barracones, hechos con bloques de ventilación y techos de zinc, se amontonaban mujeres y bebés enfebrecidos por el hambre. También ancianos desorientados a los que su familia abandonó antes de cruzar y niños cuyos padres habían desaparecido en el camino. Los huérfanos que no morían se con-

vertían en delincuentes menores o reca-
deros de otras familias a cambio de una
propina. Eran almas incompletas, tran-
seúntes entre un mundo y el siguiente.»
(pp. 21-22)

«Cada uno tenía a Visitación Salazar en-
tre ceja y ceja por un motivo distinto. El
más resabiado era el cura. De un día para
otro se había quedado sin el terreno que
le había prometido Abundio para mon-
tar la casa parroquial. Despechado y fu-
rioso, mandó primero a buscar a la poli-
cía y después escribió al obispado. No
paró hasta conseguir la excomunión de
la mujer. La acusó de profanar y usurpar
el sacramento de los santos óleos, des-
pués de ladrona, y hasta de brujería.
“¡Esa sinvergüenza le está quitando sus
bienes a la Santa Iglesia y a los pobres de
la sierra occidental!”, repetía con los bra-
zos alzados y las palmas hacia el cielo.

Pero al cura le molestaba otra cosa.
Camuflado en el proyecto de una casa
parroquial, planeaba montar un bingo
donde meter a los borrachos del pueblo y
quitarles el dinero a punta de bazuco,
aguardiente y bachata, para que se mata-
ran luego a machetazos. Si los inducía al
pecado, su gesta sería eterna.» (p. 33)

«Una fuerte sequía, la primera de todas,
atrajo a muchos hombres y mujeres des-
de la sierra oriental hasta Mezquite.
Abundio padre acogía a los que caían
dentro de sus cercas, los enseñaba a usar
la azada y a sacar agua de los pozos a
cambio de techo y comida. Si llegaban
en buenas condiciones, y engañándolos
con conseguirles los papeles, se los ofre-
cía a los irregulares como gesto de paz.

Fue así como los guerrilleros trabaron
con él una relación larga y sólida de la
que Abundio hijo aún se beneficiaba. Si-
guió reclutando hombres. Ya no para tra-
bajar o subcontratarlos en las fábricas de
pienso de la zona como mano de obra
barata, sino para ofrecerlos al mejor pos-
tor. Vender personas era más lucrativo.
Sobre los huesos de aquella gente forjó su
imperio vendiéndola o cambiándola por
armas.

Así engordó Abundio a las patrullas
más sangrientas de la región, un gesto
que los comandantes guerrilleros le agra-
decieron masacrando a sus enemigos o
permitiéndole el paso franco a las planta-
ciones de amapola con la que producían
la heroína que financiaba su guerra con-
tra el Estado. Eran unos asesinos, pero
sabían transigir con determinadas liber-
tades, siempre que beneficiaran la suya.»
(pp. 47-48)

«Críspulo se entendía con las bestias,
porque a él lo habían tratado como a
una. No había en la propiedad de Abun-
dio nadie que cuidara a aquellos anima-
les con más mimo y entrega. Los cepilla-
ba dos veces al día, les ponía el pienso y
hasta los enseñó a cazar. De ellos apren-
dió lo más elemental: el hambre, la cópu-
la y la defecación. Y así vivía él, distribu-
ido en esas tres tareas.

Era un hombre sin edad, demasiado
viejo para parecer un muchacho, aunque
muy simple para considerarlo un adulto
apto. Un día lo descubrieron acechando
a un burro con tres pastores alemanes y
dos dóberman. Los arrimó azuzándolos
con una caña. Enrabietados y hambrien-
tos, se abalanzaron sobre el burro y le

arrancaron el pelaje a dentelladas. Crispulo no hizo ningún gesto, ni siquiera pronunció una orden para apartarlos. Una vez que los perros desgarraron la piel, Crispulo se plantó delante y comenzó a repartir machetazos. Chilló tanto el pollino que las mujeres y hombres que trabajaban en la casa salieron a toda prisa para ver qué pasaba. Lo encontraron cubierto de sangre y con el machete aún en la mano.

A partir de ese momento, Crispulo recuperó el habla y se convirtió en la sombra del viejo Abundio. No se separaba de él ni de día ni de noche.» (pp. 62-63)

«—No es así de fácil. Las cosas no se hacen a lo loco y hay asuntos que tendrían que quedar muy claros antes. —Asentí—. Aquí los muertos son sagrados. Ni se les jurunga ni se les difama. Yo los devuelvo a la tierra con respeto. Y quiero que vos hagás lo mismo.

Cogí la taza y di otro sorbo al café caliente.

—No somos plañideras. Enterramos para que otros descansen en paz... —Visitación me miró a los ojos—. ¿Por qué querés quedarte?

—Quiero estar junto a mis hijos.

—¿Solo eso?

—¿Y por qué más querría hacerlo?

—Yo qué sé... No tenés papeles, a lo mejor debés plata. O la debe tu marido.

Negué con la cabeza.

—Tengo dos hijos muertos, solo eso.» (pp. 76-77)

«Casi todos los habitantes de Cuchillo Blanco eran mujeres, en su mayoría prensadoras de tabaco, una industria que

con el tiempo fue a menos, pero que aún daba trabajo. Varias generaciones de ellas se hicieron viejas arrodilladas ante una columna de hojas secas mientras sus hijos y esposos echaban el día cortando caña con el machete. Incluso hasta las que trabajaban en las ciudades de la frontera volvían en los días de libranza para recoger la caña y prensar el tabaco con el que habían alimentado a sus familias.

Así transcurrió la vida hasta que Abundio compró las plantaciones. Bajo su mando, la explotación cayó. Los peones dejaron de trabajar como jornaleros y pasaron a sicarios o recaderos. Y a veces ni eso. Las que hasta entonces habían sido madres y abuelas siguieron chamuscándose los nudillos y las yemas de los dedos para llevar dinero a casa. Sus hijas y nietas no corrieron mejor suerte: acababan trabajando cerca de la frontera vendiendo mercancías de contrabando y exigiendo el peaje a los camioneros que cruzaban el puente de la Nacional.

Los varones que resistieron a todas las reyertas y borracheras de Cuchillo Blanco bebían en las puertas de las casas, unas construcciones recubiertas por una piel sarnosa, hecha de azulejos ausentes y ventanas rotas. Parecían veteranos de una guerra invisible. Cualquiera podía reconocerlos: les faltaba una oreja, la nariz o alguna extremidad y olían a sudor y alcohol. Si sobrevivieron, fue para pagar sus culpas en esta tierra.

Los más jóvenes iban de un lado a otro subidos a unos camiones con la música a todo volumen. Pasaban más tiempo en las galleras que buscando trabajo. La droga les daba para vivir y con eso bastaba.» (pp. 109-110)

«Solo podían optar al taller las reclusas que hubiesen acreditado buena conducta para aplicar a la condicional o las que cumplían penas menores. Enseñando a aquellas mujeres, Visitación las protegía no solo de la pobreza que encontrarían al salir de la cárcel, sino también de la soledad que ya padecían entre esos muros del penal. Si los muertos a los que sepultábamos tenían una tierra donde descansar, ellas ni eso.

A diferencia de los hombres del ala norte, que podían recibir a sus esposas, amantes o hijos, a ellas no las visitaba nadie. Ni sus madres, si las tenían. Tampoco maridos, hijos o hermanos. Las habían borrado de sus vidas, nada querían saber de ellas. Si alguna solicitaba una autorización para recibir visitas, tendría que esperar meses o acelerar el trámite acostándose con los guardias, hombres que coordinaban a las celadoras y violaban a las presas sin tomarse la molestia de chantajearlas antes.» (p. 126)

«La boda entre Mercedes Fabres Ágave y Alcides Abundio se celebró en la intimidad. Acudieron el cura, el gobernador de la provincia, un notario y algunos parientes lejanos. Faltaron los comerciantes de la sierra, que vieron con espanto la expropiación y el enlace. Tampoco acudieron sus hermanas. La ausencia mayor fue la de Estigia Ágave, que dos semanas antes se había arrojado al río Cumboto con dos pedruscos atados a cada tobillo.

—Del matrimonio con Abundio nació una niña, Carmen, la hija única de aquella unión desgraciada. —Apagó el cigarrillo y lo cubrió con arena—. Quién sabe si violó a su mujer para quedarse con todo, incluidas estas tierras. Pero yo

las cogí como propias, porque Abundio se las debía a mi mamá. ¡La echó a la calle sin pagarle ni un centavo, después de treinta años de trabajo!» (pp. 152-153)

«Aurelio Ortiz, licenciado en administración y registrador comarcal, estaba metido en un problema de los que solo se sale descerrajándose un tiro en la sien o huyendo sin dejar rastro.

—¡De ahora en adelante, un comando guerrillero buscará su cabeza para colgarla como una guirnalda en una farola de la Interestatal! —gritó el viejo, devolviéndolo a la realidad.

Daba igual. Si no lo asesinaba el comando del Mono, el propio Abundio le tendería una emboscada de las suyas. Le mandaría al Tren del Llano o a cualquiera de esos matones con los que extorsionaba a los comerciantes de la sierra. En los pueblos de la frontera, cualquier sombra, por pequeña y fugaz, escondía a un depredador.» (pp. 190-191)

«La noche en que los irregulares tomaron Mezquite, el Mono se presentó con los suyos en la finca de Abundio para reclamar los terrenos de Las Tolvaneras.

—Si ellos tenían pistolas, nosotros también. —Ahora Crispulo sonreía—. Don Abundio sacó la escopeta, pero falló el tiro y el Mono le devolvió un balazo en el brazo. Los nuestros sacaron sus hierros y empezó la balacera. Los perros tenían tres días sin comer. Estaban hambrientos... —Crispulo besó a los dóberman—. Roco y Azufre no les dejaron a los hombres del Mono ni siquiera labios para reírse. Solo uno se escapó vivo. Mejor..., para que lo contara todo.» (p. 256)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. ¿Qué es El Tercer País?
2. ¿A qué se dedica Visitación Salazar, la protagonista del libro?
3. ¿Por qué Angustias Romero acude a buscarla?
4. ¿Qué representa la peste y el olvido en esta novela de Karina Sainz Borgo?
5. ¿Quién es Alcides Abundio y por qué odia a Visitación Salazar?
6. ¿Qué papel desempeña la tierra en esta novela? ¿Y la frontera?
7. ¿Por qué es importante el mito de Antígona en esta obra?
8. ¿Cuál es el motivo de que Visitación Salazar conceda tanta importancia a enterrar a los muertos?
9. ¿Qué representa la figura de Alcides Abundio en la narración?
10. ¿Cuál es el papel de la compasión y la piedad en Visitación y Angustias?
11. ¿Qué relación une a Aurelio Ortiz con Alcides Abundio y qué dice de los vínculos que existen en este pueblo fronterizo?

12. ¿Es una novela de emigrantes, sobre la emigración? ¿Cuáles son las penurias a las que se enfrentan? ¿Las reconocemos en las noticias que nos llegan a diario?
13. ¿Cuál es la relación que mantiene el marido de Angustias con la guerrilla?
14. ¿Qué nos dicen la guerrilla y Alcides Abundio de este mundo de frontera? ¿A qué nos recuerda?
15. ¿Por qué la presencia de Aurelio es esencial en esta novela?
16. ¿La violencia sirve para resaltar los sentimientos y el dolor de los protagonistas?
17. ¿Por qué el desarraigo es esencial en la obra de Karina Sainz Borgo?
18. ¿Qué emparenta Mezquite con *Pedro Páramo* de Juan Rulfo?
19. ¿Cuál es el vínculo de Karina Sainz Borgo con la literatura latinoamericana?
20. ¿Qué nexos se encuentran entre la vida de la autora y las preocupaciones que asoman en sus libros?
21. ¿La novela es un viaje real y metafórico de los protagonistas?

LA AUTORA



© Jeosm

KARINA SAINZ BORG nació en la Caracas de 1982, cuando todo estaba a punto de incendiarse. Trabaja como periodista especializada en temas culturales en Vozpopuli.com, *Zenda* y *Onda Cero*, aunque escribe a todas horas. Ha publicado los libros de periodismo *Caracas hip-hop* (Caracas, 2007) y *Tráfico y Guaire, el país y sus intelectuales* (Caracas, 2007), así como los textos recogidos en *Crónicas barbitúricas* (2019). Su relato «Tijeras» fue publicado por la prestigiosa revista *Granta*. Su primera novela, *La hija de la española* (Lumen, 2019) fue

aclamada por la crítica y los lectores, obtuvo el Grand Prix de l'Héroïne Madame Figaro y el International Literary Prize, quedó finalista del Kulturhuset Stadsteatern Stockholm y fue nominada al LiBeraturpreis. Considerado uno de los mejores libros del año por NPR y por *Time*, está siendo traducido a veintiséis idiomas y se han vendido sus derechos para una película. En 2019, Karina Sainz Borgo fue escogida como una de las cien personas más creativas por la revista *Forbes*. *El Tercer País* es su nueva novela.

Lumen

UNAS PALABRAS SOBRE *EL TERCER PAÍS*

POR KARINA SAINZ BORG

Tras la publicación y el enorme impacto de *La hija de la española* (diecisiete ediciones y traducida a veintiséis idiomas), que supusieron para mí viajar constantemente de un lado para otro durante todo un año y convirtieron mi vida en una tremenda montaña rusa, tuve la sensación de que, de alguna manera, los lectores querían saber más de Adelaida Fal-

cón. Pero yo no. Para mí ese proceso ya estaba cerrado, o por lo menos estaba cerrado de momento. Quería hablar de otras cosas.

Me encontré con una historia muy potente, y fui a buscarla. Siempre digo que fui a buscarla al fin del mundo, o lo que para mí es el fin del mundo. Y de ahí salió *El Tercer País*.

El Tercer País es el nombre que recibe un cementerio, un lugar que separa la sierra oriental de la occidental, el bien del mal, la verdad de la mentira, y a los vivos de los muertos. Así comienza la epopeya de Angustias Romero, una mujer que viaja junto a su marido y sus dos hijos, huyendo de un episodio amenazante, y que llega a la frontera entre ambas sierras. Los pequeños han muerto en el trayecto, y ella busca dónde enterrarlos. No tienen dinero, no tienen adónde ir, no tienen absolutamente nada. Es allí donde conoce a Visitación Salazar, responsable de ese cementerio ilegal en el que finalmente conseguirá enterrar a sus hijos.

Pronto su marido desaparece, se marcha, y ella decide que no se quiere mover de ese lugar, que quiere permanecer allí; mientras sus hijos estén en esa tierra, tiene que quedarse en ella.

Así nace una relación de amistad, pero también de lucha, de solidaridad, a veces de contradicción, entre Visitación y Angustias.

Ésta es, pues, una historia de piedad y hermandad, pues tendrán que sobreponerse a un entorno terriblemente hostil y violento donde viven prácticamente asediadas. La violencia extrema y manifiesta; el paisaje condiciona incluso el ritmo

de la propia historia. Hay muchos guiños entre la realidad y la fantasía, la vida y la muerte, lo bueno y lo malo.

Ésta es, en el fondo, una novela de frontera, de dos mujeres en una frontera, en la que hay demasiada gente interesada en que no consigan su cometido de aplicar la piedad a terceros.

Creo que es una historia ambientada en un tiempo contemporáneo, pero en un entorno ficticio que podría ser cualquiera, desde la actual frontera entre Venezuela y Brasil hasta Canarias, el Mediterráneo o Sarajevo. Es una novela que explora la figura de la enterradora, la necesidad de enterrar a nuestros muertos. Vuelve a visitar el universo violento —que a mí suele interesarme— y también lo maternal, la tierra.

Al escribirla quería tocar un poco la fibra de Antígona, pero sin darme cuenta el paisaje me condujo al *western* y a una gran novela de frontera donde creo que la amistad, la maternidad y el amor estropeado que sentimos a veces se expresa.

Angustias Romero es un personaje de la estirpe de Adelaida, pero digamos que tiene un poco más de arrestos, es más dura. Aunque uno no debe calificar a sus personajes. Yo, de verdad, quiero mucho a Angustias, muchísimo.

